Rafael Alberti, caminante en Roma

—¿Don Rafael?

—¡Don leche! Con Rafael basta.

—Don Rafael, yo no puedo a usted tutearle, son muchas cosas...

—Bueno, pues haz lo que quieras.

—Le diré, Rafael, usted.

Ahí quedó casi el primer diálogo que mantuve con Rafael Alberti el día en que lo conocí. Yo vivía en Roma, en la Piazza del Popolo, con veintitrés gatos, un perro y una tortuga, en un estudio que daba a un jardín pensil que me alquiló una vieja sarda que, entre loca y franciscana, cuidaba de mí como de sus gatos, con ese carácter entre suficiente e impertinente que Roma da a los inmigrantes.

Era otoño del 65 cuando, después de unas medallas y unos premios en «las extemporáneas» de la época, recalé en el corazón de la ciudad, con tanto coraje, ilusiones y sacrificios como gatos pululaban en mi jardín.

> Alza los hombros Roma más que nunca
> cuando llega el otoño.

La Roma de aquel otoño era exactamente igual que la de hoy; Roma no cambia, cambian con desmesurada aceleración las cosas que la habitan. Los coches nacen en progresión geométrica, el turismo la sofoca y vulgariza, el Vaticano la castiga y la absuelve según el heredero de la Silla, los gatos son hoy minoría, los barrios son más canallas y la droga hace peligroso el recorrerla a deshoras.

Pero Roma se alza dorada y azul entre pinos y fuentes de finísima y exagerada ornamentación y hermosura, entre iglesias y palacios espléndidos en su decadencia. Tevere arriba, eterna y central.

> Trata de no mirar sus monumentos,
> caminante, si a Roma te encaminas.

Ángel Amezcueta era un huido español de los de entonces, idealista y poeta, de los «cristianos por el socialismo». El me llevó a Vía Garibaldi 88, donde María Teresa y Rafael le cambiaban el idioma a su largo exilio. Nos frecuentamos. De la admiración al mito pasé al cariño al hombre, a su ética, a sus ideas, a su cátedra.

Vía Garibaldi es una adoquinada y soleada calle trasteverina que, desde Piazzale Trilusa, sube al Gianicolo; hacia la mitad, en una acera alta, restaurada por no sé que Cassa di Risparmio, se alza graciosa y bermeja la casa número 88, residencia italiana del poeta. Tres estancias a diferente nivel, rescatadas a un antiguo convento español, con suelos de azulejos sevillanos, eran el sitio habitual de recibir de los Alberti. Un sorprendente anuncio presidía las salas: «No se hacen prólogos ni presentaciones de ningún tipo.»

Bibliotecas repletas de volúmenes y correspondencias, pajaritas de Unamuno, platos de Picasso, tapices argentinos y uruguayos, cerámicas e idolillos precolombinos, recuerdos, trofeos, fotos, eran la íntima y riquísima decoración de este Parnaso donde Babucha, una gran perra de rizadas lanas y arrolladora simpatía, jugaba con una pelota hecha de una media de María Teresa, driblando y gambeteando por los sillones chinos, con la pericia felina de un «internacional carioca».

Allí conocí, en sorpresivos encuentros, a personajes universales que iban a ver a Rafael y María Teresa, con la devoción y el respeto de antiguas y trashumantes camaraderías: Vittorio Bodini, Vinicius de Moraes, Murillo Méndez, Nino Maccari, Federico Brook, Moreno Galván, José Menese, Ugo Attardi, Bruno Caruso, Carlos Barral... y un larguísimo etcétera de lecciones de ideología, poesía, antifascismo, literatura, exilio, en el magisterio y la libertad con que esta embajada española nos acogía.

> Cuando me vaya de Roma,
> ¿quién se acordará de mí?

Era Rafael el guapo gaditano de siempre, simpático, guasón y extrovertido; entró en la ciudad por los ingredientes eternos del conocimiento: el Progreso y la Historia. No había bar, tendero, anticuario, cura, matrona, gato, muchacha, *onorevole*... que no saludara al poeta con los graciosos gestos manipulados con que los romanos se ayudan a hablar. Sus estentóreas chaquetas, sus corbatas estridentes, su amplia sonrisa, sus maliciosos guiños, contrastaban con la austera simpleza de su eterno pantalón de mono azul y su blanquísima cabellera de cónsul romano de espumas y nácares atlánticos.

Cuando una visita colmaba su paciencia, dejaba a María Teresa el lance y, con mi complicidad, se organizaba la huida. Pasear con Rafael ¡y por Roma! es la experiencia más fantástica, surreal, original, épica, histórica y desternillante que el sagaz ingenio andaluz pueda imaginar. A cada piedra, un adjetivo, a cada friso una admiración, a cada mujer un piropo, a cada madonnina un suspiro, a cada fuente un sorbo y a cada rincón su meada. Rafael cantaba a sus meadas, como si cantar al Nilo fuera; improvisaba himnos, gaudes y salmos al serpentear ambarino de su orín. Su cultura

lo llevaba desde la cresta del más exigente dirigente de confederación hidrográfica, al vate más inspirado y humilde de los bajos puentes. Sus odas eran cálidas, zaragateras, divertidas, hondas, satíricas; le he oído improvisar con la asombrosa sabiduría de sus conocimientos sobre los gatos, las azaleas, el agua y el musgo, la piedra, la rata y las basuras, el pino verde, las tetas, los Papas, las Venus de Cirene y los caballos capitolinos.

> Los curas de tres en tres,
> como paraguas andando del revés.

Babucha y Buco eran los animales más próximos «a cà Rafael». La primera era parte de la familia; el segundo «er piú» de los tejados que lindaban a la ventana trasera de la casa. Buco comandaba una reata escuálida y hambrienta de gatos que a horas fijas se aproximaban a los Alberti a recoger el sustento que éstos puntualmente le organizaban. Buco era moderador y árbitro del festín.

El amor de Rafael por los animales, su aproximación y estudio de sus mundos poéticos y estéticos, llevó al poeta a composiciones perlas de la poesía española; su experiencia sudamericana endulzó, iluminó y extendió el taurino horizonte gramatical que los andaluces sufrimos por nacencia.

Cuando la palabra «ecológico» era sólo un adjetivo, un bello cartel suyo avisando a los pájaros que en su emigración no atravesaran Italia, se hizo célebre por aquellos años.

Asistí en el Instituo Italo-latinoamericano de Roma a su conferencia *Un poeta español en Río de la Plata*, de 1969. Rafael habló de las costas de Venezuela, de Orán y las Canarias, del mar de trigos y caballos, de álamos carolinos, del gallo, del toro y la hierba, de la paloma equivocada, del río y sus rumores, del blanco de la cal y pleamares, de gorjeos, ritmos y cacofonías, de relinchos, vuelos y estampidas.

De pronto Rafael detuvo su palabra, cerró los pliegos y, candencioso, se dirigió al público.

—Habrán notado ustedes que no hablo de los perros. Es que los perros pertenecen al reino de los ángeles.

> Tú no has llegado a Roma para soñar. Los sueños
> se quedaron tan lejos, que ya ni los divisas.

Roma acabó también con el interrumpido amor que por la pintura sintió siempre Rafael. Su amistad con el grabador sardo Renzo Romero lo llevó a ahondar en las sofisticadísimas y alquímicas técnicas del grabado; aprendió todo y lo hizo todo. Su obra personalísima recoge el arabesco exacto de su pulso, el ángel de su aire gaditano, la austeridad de medios de la Escuela de Madrid y sus amigos y el conocimiento profundo que de la pintura tiene. Sus plomos golpeados, arañados, agredidos, difuminados y heridos son —en mi opinión—, presencia y resumen de lo que antes glosó.

El papel húmedo coge la tinta posada en los retículos, hoyos, cavas y grietas en el plomo incisos; la presión hace el milagro y la estampa te paga el esfuerzo con que en la plancha luchaste.

Rafael trabajó lúcido, creativo e incansable estos materiales. Su primer premio de grabado en la V Ressegna d'Arte Figurativa di Roma en 1966 es el testimonio. Su exposición en la Galería Rondanini del 72, su consagración definitiva.

> Sería tan hermoso estar —aquí— tranquilo,
> el mundo en paz con todo.

Su libro *A la pintura* fue el primero que llevé a Rafael para que me lo dedicara en 1965.

De todos sus recuerdos atesoro, orgullosa y emocionadamente, la presentación autógrafa que me hizo para mi exposición de Florencia en el 69:

A veces me basta el saber que vienen de España, que desean verme, saludarme a mí, que vivo hace treinta años fuera de ella. Me emociona conocerlos, sentirlos, escucharlos. Son las nuevas generaciones: estudiantes, poetas, pintores... Hoy me llegó este: Chicano. Andaluz, joven, serio, lleno de claridad y simpatía. Vive allí, mira allí, siente allí, trabaja allí. Y extrae, sobre todo de aquella España, sus imágenes. Pintura no sólo para ver, sino para escuchar, gritar y acompañarla firmemente en su protesta.

Rafael Alberti
Roma, marzo 1969

De la pintura y los pintores divagábamos muchísimas horas; al final, exhaustos y soñadores, terminábamos en la *Antica pesa*, restaurancito en la cuesta a San Pietro in Montorio, donde mandábamos postales a Picasso con letras verdes de antiguos carnavales:

> Una vieja tenía un conejo
> vivo y juguetón,
> tururú...
>
> Los curas se desvanecen.
> Pero otros tres aparecen.

El prestigio político de los Alberti en Italia desconfinaba sus vidas, empeñándolos en una presencia constante en su lucha democrática y antifascista. Era raro el día que Rafael o María Teresa no dedicaban su tiempo, su palabra y su verso, a este perenne ideario en manifestaciones, adhesiones, interviús, mítines, fiestas de *l'Unità*, congresos o al rosario de exiliados y jóvenes antifascistas que buscaban en ambos una referencia clara y viva para reafirmar sus militancias.

El proceso de Burgos y el fusilamiento de cinco compatriotas vascos puso a Italia en pie; el Papa de entonces, Pablo VI, pidió repetidamente y hasta el último momento clemencia para los condenados en una noche que pasamos en vela en la calle italianos y españoles, en señal de protesta.

Una vez más, Rafael fue el poeta en la calle, el verso comprometido, la contestación en el puño, la conciencia y la voz de tantos y tantos que alzábamos nuestro grito por la libertad. Su poema «Condena» fue rápidamente traducido a diferentes idiomas; las radios y televisiones divulgaron su contenido y execración. El poeta cambiaba una vez más el clavel por la espada, situando su poesía social en la trinchera de la vanguardia.

La etapa romana de Rafael fue el justo peldaño a su constantemente anhelado regreso. Al doloroso y progresivo desvarío de María Teresa, Rafael reafirmaba una vital y humana conciencia política: «Cambiaré el puño cerrado por la mano extendida».

Roma dio al poeta la capacidad histórica para objetivar los traumas de una guerra y un exilio injusto y largamente prolongado. Su naturaleza fuerte y surreal de gaditano antiguo le permitió siempre absurdizar su dolor y convertirlo en rimas.

Gil Vicente, Garcilaso, Góngora, Palazzeschi, fueron sus apoyos y sus breviarios; la poesía fue —los poemas son— su pan y su viña, su sueño y su alimento, su hoz y su destino.

> Erguidos aquí, al día, levantados
> a la noche, a los vientos de la patria.

Hace poco tiempo estuve en Roma para impartir unas lecciones de grabado a los becados de la Academia Española. La compañía de Mari Luz y su avidez histórica me movieron a visitar todo el periplo albertiano que Roma guardaba: Campo di Fiori, San Pietro in Montorio, Piazza Gioacchino Belli, Via Monserrato, viales y callejuelas de Trastevere, y tantos y tantos rincones y lugares donde Alberti dejó instalada su presencia.

El día anterior del regreso llevé a Mari Luz al Vaticano. Piazza di San Pietro estaba llena de gente; se celebraba, solemnemente, la beatificación de unos mártires de «la cruzada de liberación española».

—La santidad es de derechas —me dijo Mari Luz.

Huimos hacia el interior de la Basílica; Miguel Ángel y su «Piedad» nos reconfortó con su blanca y pasmante belleza. Después, nos acercamos al bronce de San Pedro, preámbulo del Bernini, y en voz baja le recité a Mari Luz:

> Di, Jesucristo, ¿por qué
> me besan tanto los pies?
>
> Soy San Pedro aquí sentado,
> en bronce inmovilizado,
> no puedo mirar de lado,
> ni pegar un puntapié,
> pues tengo los pies gastados,
> como ves.
>
> Haz un milagro, Señor.
> Déjame bajar al río,
> volver a ser pescador,
> que es lo mío.

Al final, mi mujer me miró con un emocionado y macareno brillo en sus grandes ojos malagueños.

Salimos por el costado de la Basílica y te vimos, Rafael, como el Cometa Halley, lanzando por tu cola serpentinas, confetis, luces, caligramas, dibujos, autógrafos, conferencias, poemas y versos y más versos...

Te vimos, Rafael, volar sobre los ángeles.

Eugenio Chicano

NOTA: Los versos que ilustran este escrito son de Rafael Alberti: Roma, peligro para caminantes, *1964-67, excepto el inicio de una coplilla anónima de los carnavales andaluces.*

Alberti, María Teresa León
y Francisco Vega Díaz
en Torrelodones

Con María Teresa León
en Torrelodones